



COLECCIÓN HISTORIA
P.V.P.: 35 €
PÁGINAS: (VOL. I) 664
(VOL. II) 512

El cuerpo se ha convertido en objeto de la Historia porque es tributario, en sus formas y puestas en escena, de condiciones materiales y culturales que varían a lo largo de los siglos. De la lentitud a la velocidad, del retrato pintado a la fotografía, de los cuidados individuales a la prevención colectiva, de la cocina a la gastronomía, de la sexualidad vista desde la moral a la sexualidad vista desde la psicología; el lugar que ocupa el cuerpo en el mundo occidental ha ido cambiando con los tiempos.

En el Renacimiento, época a la que se dedica el primer volumen de esta obra, se aviva el conflicto cultural, porque es cuando se empieza a singularizar el cuerpo con toda su autonomía. El segundo volumen cubre el periodo comprendido entre la Ilustración y la Primera Guerra Mundial, una época en la que el cuerpo pasa a ocupar un lugar en el espacio, a ser en sí mismo un territorio que posee una capa exterior: la piel, el halo sonoro de su voz, el aura de su respiración. Por último, en el volumen que cierra esta obra se continúa con las diferentes formas de ver el cuerpo que se han dado hasta la actualidad.

Con esta gran obra en tres volúmenes profusamente ilustrados en color, se busca el restablecimiento del equilibrio entre la visión del cuerpo que tienen los científicos y la de los historiadores. Abundan las distancias, pues el estudio del cuerpo moviliza varias ciencias, obligando a variar los métodos, las epistemologías, según se trata de las sensaciones, de las técnicas, del consumo o de las expresiones; pero esta historia, en cualquier caso, se mantiene en la frontera entre el sujeto y lo social.

Abordar el cuerpo desde una perspectiva histórica permite restituir el núcleo de la civilización material, los modos de hacer y de sentir, las adquisiciones técnicas y los modos de vida. Es el mundo inmediato, el de los sentidos y el de los ambientes, el que restituye la Historia del cuerpo. La noción de cuerpo debe ser entendida en toda su complejidad. Para ello es imprescindible atender, como hace este libro, a las representaciones que de él se hacen, a las creencias que protagoniza, a los efectos que su concepción provoca en cada momento histórico. El estudio del cuerpo moviliza así varias ciencias, desde su enfoque multidisciplinar se ve obligado a variar los métodos de análisis y las hipótesis de partida en función de la época y la mentalidad reinante en la misma. La Historia del cuerpo tiene un peculiar recorrido. Está trazada en territorios fronterizos, aquellos que se extienden entre la constricción y la libertad, entre el poder y la debilidad, entre lo colectivo y lo individual. Aunque estas contradicciones la hacen más difícil de conocer, también la convierten en apasionante.

VOL. I: DEL RENACIMIENTO A LA ILUSTRACIÓN

EL CUERPO, LA IGLESIA Y LO SAGRADO

Afirma el historiador modernista Jacques Gélis que, por hallarse en el corazón mismo del misterio cristiano, el cuerpo es una referencia permanente en la Edad Moderna. Si bien la fe y la devoción hacia el cuerpo de Cristo contribuyeron a elevar el cuerpo hasta un alto grado de dignidad, convirtiéndolo en sujeto de la Historia, la permanencia de la imagen del hombre pecador recordaba a los fieles la desconfianza hacia el cuerpo que la Iglesia había manifestado desde la Edad Media. El discurso cristiano se movió así pendularmente entre el ennoblecimiento y el desprecio al cuerpo. El ennoblecimiento se veía reflejado, por ejemplo, en la importancia que se le concedió al culto de las pruebas tangibles de la existencia de Cristo (la *vera icona* de La Verónica o el santo sudario) o la priorización en la representación de ciertos temas. Entre ellos el de la Anunciación-Encarnación (que capta el instante inaudito en el que el Verbo se hace carne), el de la Natividad (la adoración al niño Jesús) y, fundamentalmente, el Cristo de la Pasión, que focalizó la devoción en el culto del cuerpo doliente. A finales del siglo XVI, la Contrarreforma, sin embargo, al volver a centrar el dogma en la eucaristía, concede la prioridad a otra imagen del cuerpo bien distinta a la del cuerpo mortificado y humillado: la de la presencia real de Cristo en hostia consagrada. La celebración de la misa convierte al cuerpo en el eje del mundo. Pero recibir el cuerpo de Cristo no

bastaba. Además había que honrarlo y celebrarlo en procesiones solemnes, traslados del viático a los enfermos, etcétera.

Por otro lado, el mundo de los místicos ofrece también al historiador datos relevantes en lo que se refiere al estudio del cuerpo y su relación con la religión y la Iglesia. A través del martirio y la renuncia y condena de los placeres de la vida, el ayuno voluntario, las maceraciones, etcétera; las prácticas místicas apuntan que la muerte ya está en la vida y que quien la realiza ha sido elegido para demostrar a la humanidad la existencia divina. El santo mártir, pintado o en estatua, viene a recordar a los fieles que, quien tiene fe, triunfa siempre sobre los horrores del martirio. Su cuerpo es el receptáculo de lo sagrado, objeto de devoción y regeneración.

LOS USOS DEL CUERPO

Indagar en las diferencias sociales y las distintas representaciones del cuerpo es una tarea compleja, aunque sólo sea por la dificultad de encontrar fuentes: el cuerpo parece estar ausente de los archivos que conservan documentación del Antiguo Régimen; cosa que no debe extrañarnos en un mundo impregnado de la religiosidad cristiana en la que el cuerpo no es sino un habitáculo temporal del alma inmortal. Dicho silencio, sin embargo, puede ser combatido gracias a la existencia de testimonios autobiográficos, como demuestra la antropóloga e historiadora Nicole Pellegrin en este libro. Evocaciones de hambrunas, relatos acerca de epidemias y guerras, descripciones sobre la vida cortesana y la rural (vestimenta, espacios, muebles, etcétera), narración de los trastornos derivados de los amores ilegítimos y, sobre todo, la constante presencia de la muerte, aparecen en estos escritos abriendo un mundo desconocido al historiador.

EL CUERPO Y LA SEXUALIDAD

En la Historia de la sexualidad de la Europa occidental, el cuerpo está fuertemente determinado por la costumbre y la legislación, que tratan de disciplinar y dirigir sus funciones reproductivas, reprimiendo los impulsos desordenados de la sexualidad por razones tanto sociales como espirituales. Igualmente el cuerpo, en el Antiguo Régimen, es considerado el agente o la víctima de actos sexuales transgresores; un lugar, por tanto, privilegiado en el que cometer crímenes contra la religión, la moral y la sociedad. La percepción colectiva y la experiencia subjetiva del cuerpo en este momento histórico se perfilan en función de una serie de factores, como el largo periodo de tiempo que transcurre entre la pubertad y el matrimonio, las

expectativas creadas por el amor cortés o los tabúes religiosos y sociales contra las relaciones homosexuales u otro tipo de prácticas sexuales.

Desde el siglo XV hasta la mitad del XVII, Europa occidental se esforzó en desarrollar una visión del cuerpo y la sexualidad compatible con el orden social, el respeto por la religión y el crecimiento demográfico. Hacia finales del siglo XVII, las convicciones culturales sobre la importancia del afecto en las relaciones conyugales, a la vez que la legitimación médica del placer físico como expresión natural del cuerpo y de los vínculos emocionales, empezaron a imponerse y facilitaron indirectamente la expresión de prácticas sexuales alternativas y de subculturas homosexuales. A finales del siglo XVIII, el amor sentimental y el matrimonio reproductivo estaban en gran parte reconciliados, pero en esa misma época una sociedad cada vez más burguesa, dotada de un fuerte sentido del pudor, empezó a relegar tanto el cuerpo como su sexualidad, a la periferia de lo decoroso. Esta nueva cultura sexual impuso en la sociedad decimonónica la convicción tenaz de que el cuerpo físico era el enemigo natural de la persona moral que lo habitaba.

La existencia de relaciones ilícitas al margen del matrimonio ha quedado registrada en los archivos judiciales: adulterio, incesto, bigamia, violaciones, no eran sino expresión de una cultura que consideraba a las mujeres inferiores a los hombres y las juzgaba de forma mucho más severa, ante la impunidad que protegía a éstos. Sin duda, el ejemplo por excelencia es el de la prostitución, como pone de manifiesto en este capítulo Sara Matthews-Grieco. Fue la preocupación por la moralidad pública y la salud del cuerpo social lo que a final de la Edad Media llevó a institucionalizarla, con el fin de controlar mejor los alegres pasatiempos masculinos, salvaguardar el honor de las ciudades y evitar la cólera divina. Por otro lado, como han mostrado numerosos estudios recientes sobre las prácticas sexuales alternativas, el modelo de comportamiento heterosexual, santificado por el matrimonio, coexistía con otras posibilidades de la actividad erótica. La autora entra así a desentrañar prácticas consideradas desviadas como complemento a todo lo expuesto, tales como la masturbación, el bestialismo y la homosexualidad, actividades todas ellas que fueron alternativamente ignoradas, toleradas o reprimidas durante el Antiguo Régimen.

EJERCITARSE, JUGAR

El cuerpo refleja la puesta en acción de pasiones y de sociabilidad: convergencias, tensiones, conflictos, distinciones, características de un orden social determinado. El cuerpo refleja también una visión particular de lo orgánico: el movimiento físico es saludable, depura y fortalece el

cuerpo. Los juegos físicos están muy presentes en la Europa de los siglos XV al XVIII, instalados en la mayoría de los espacios y de los instantes de la vida. Aunque existen debido a los efectos sociales y físicos que se espera de ellos, no hay que olvidar tampoco que el juego refleja una cierta visión de la moral: el abandono al juego o la diversión exagerada es un riesgo en un mundo dominado por el tiempo del trabajo y el tiempo religioso. Georges Vigarello, profesor de Ciencias de la Educación, desarrolla en este capítulo la relación entre el cuerpo y el juego, sobre todo en relación con el mundo nobiliario (no olvidemos que el juego es expresión, ante todo, de una exclusión sexual —las mujeres no juegan a casi nada— y social —dependiendo de la clase a la que se pertenece se puede o no jugar—). Las modificaciones en los ejercicios nobles en los siglos XVI y XVII revelan las transformaciones que de la concepción del cuerpo y el ejercicio físico acontecieron: los aspectos corporales del poder (el vigor físico que todo personaje importante debía ser capaz de manifestar) impuso la violencia de los juegos en la corte hasta finales del siglo XV, manifestada en la presencia siempre latente del combate, del enfrentamiento físico, del acto guerrero (pensemos en las justas, los torneos y los duelos). Sin embargo, ésta va siendo sustituida ya en los albores del siglo XVI por un auténtico «arte de corte» en el que se privilegiaron fundamentalmente la maestría, la destreza y la gracia. Se configura así toda una nueva cultura corporal. Se pasa de una nobleza orientada casi exclusivamente hacia el oficio de las armas a otra dedicada a las prácticas cortesanas.

El universo del movimiento gestual y sus representaciones cambia con el siglo XVIII. Un triple desplazamiento, científico, cultural y social, parece actuar sobre la visión clásica del ejercicio corporal. El primero es la importancia determinante que se le da a la medida y a la eficacia: el cálculo de las fuerzas, la consecución de resultados y progresos. El cuerpo más que nunca se convierte en objeto de medida y de recuento. El segundo es la fuerza que se da a los colectivos, la fuerza de los hombres y de las poblaciones. El arte de perfeccionar la especie humana se enuncia tanto como proyecto político como educativo y médico. El tercer desplazamiento es el de una representación nueva del funcionamiento corporal, manifestada, por ejemplo, en la importancia cada vez mayor que se otorga a la curiosidad fisiológica sobre la mera curiosidad anatómica. Un nuevo objetivo se dibuja en el panorama: poner el ejercicio al alcance de todo el mundo, reevaluar sus exigencias, imaginar en prioridad lo que desarrolla el cuerpo y menos lo que satisface al código social.

DE LA FISIOGNOMÍA A LA ANATOMÍA. EL CUERPO, LA SALUD Y LA ENFERMEDAD

La fisiognomía, el arte de descifrar los lenguajes del cuerpo, conoció entre los siglos XVI al XVIII un gran éxito y desempeñó un papel considerable tanto en la Historia de las ideas como en la de la sociabilidad, según sostiene el antropólogo Jean-Jacques Courtine en este libro. Que el «cuerpo habla», venía apoyado además por los distintos tratados contemporáneos sobre retórica, urbanidad, medicina o pintura. A partir de la década de 1550 se publican las metoposcopias: cada cuerpo lleva escrito su destino, existen marcas que son signos de buena o mala fortuna, rasgos de carácter, síntomas de enfermedades o estigmas sociales. El pensamiento fisiognómico aparece dominado por la astrología. Sin embargo, del cuerpo se van borrando lentamente las presencias mágicas y se ausentan las virtudes ocultas. Gracias a obras como la de Charles Le Brun (1668, *Conférences sur l'expression des passions*), el hombre-máquina suplantó al hombre-zodiaco. Otro universo de referencia se impuso: el de la medicina, la geometría, el cálculo, el de una filosofía y una estética de las pasiones reconocidas y dominadas. El lenguaje de las causas y los efectos articularon a partir de este momento los signos del cuerpo. Desacreditada por la ciencia, la fisiognomía resucitó en el último cuarto del siglo XVIII, con un éxito popular considerable que ha permanecido unido al nombre de Johann Kaspar Lavater y que se prolongó durante toda la primera mitad del XIX.

Con respecto a la anatomía, fue hacia finales de la Edad Media cuando se comenzaron a abrir cadáveres en Europa para estudiar el cuerpo. Eso no ocurría desde el siglo III a. C., cuando las disecciones humanas se practicaban en Alejandría. Si durante largos siglos las disecciones no se desarrollaron, aparte de la influencia que en ello pudiera tener la Iglesia y el cristianismo, fue, sobre todo, según Rafael Madressi, porque no se consideraron necesarias. La llegada de la medicina grecoárabe al Occidente medieval, gracias a las traducciones de obras fundamentales en esta materia, desempeñaron un papel importantísimo en la evolución del saber médico en la Europa latina y en la atención que se le empezó a prestar a la anatomía. En todas esas obras (pensemos en Albucasis, Rhazès, Averroes, Galeno o Avicena) se fomentaba el uso de la experiencia y se instituía a la vista y el tacto en las vías principales del conocimiento.

Las representaciones populares del cuerpo dejaron una huella profunda durante mucho tiempo, así como las prácticas mágicas y de brujería asociadas a la prevención, curación y protección de los cuerpos. Contra ellas tuvieron que luchar las teorías científicas desde el Renacimiento al siglo XVIII, entre ellas la anatomía, oponiendo la observación a los dichos y la investigación a la tradición. En el proceso de

comprensión de la salud y la enfermedad en la Europa moderna, dominaba una imagen del cuerpo transmitida por la medicina y la filosofía griegas. Los humores (la sangre, la bilis, la flema y la melancolía) permitían mantener vivo el cuerpo y las interacciones entre los mismos permitían explicar los fenómenos tangibles de la existencia animada (la temperatura, el color y la textura). El equilibrio humoral explicaba igualmente el espectro de las disposiciones de ánimo y los temperamentos. Todo iba bien cuando los fluidos vitales coexistían pacíficamente en equilibrio y la enfermedad ocurría cuando uno de los humores se acumulaba o se secaba. Esos desequilibrios podían ser corregidos gracias a un estilo de vida razonable, o con la cirugía o la medicina.

A partir del Renacimiento aparecieron una serie de tentativas para basar la medicina en cimientos más sólidos, especialmente a partir del momento en que la revolución científica logró éxitos evidentes en las ciencias mecánicas, en física y en química. A finales del siglo XVI, la anatomía de Vesalio (*De humanis corporis fabrica*, 1543), se había convertido en el método por excelencia de la investigación anatómica y había convertido a ésta en el fundamento de la ciencia médica. Las teorías tradicionales de los humores perdieron peso y las referencias cambiaron al privilegiar la observación directa: el nuevo interés atribuido a la mecánica en el siglo XVII provocó descubrimientos como la circulación de la sangre (William Harvey, 1628), las fibras musculares y nerviosas (Albrecht Von Haller), la función del oxígeno en el cuerpo humano (Lavoisier), la funcionalidad interna, el nacimiento de la electrofisiología experimental (cuyo pionero fue Galvani) o los avances en el campo de la embriología (Falopio, Eustaquio), que revolucionaron el mundo médico.

EL CUERPO DE LOS MONSTRUOS

La curiosidad fascinada que suscitaban las deformidades del cuerpo, la crueldad de los tratamientos que se les infligían, el miedo y el asco que inspiraban, las exhibiciones a las que se les sometía, las formas de comercio que ocasionaban y, en resumen, toda esa parte oscura de sensibilidades y de prácticas que rodeaban la presencia de monstruos humanos en la sociedad tradicional, forma parte de la Historia del cuerpo. El desarrollo de la teratología, afirma Jean-Jacques Courtine, constituye el reflejo de la secularización y la racionalización del modo de observación, de los deseos y las formas del saber cuyos efectos se hacían sentir en las ciencias de la naturaleza en Occidente entre los siglos XVI y XVIII. Desde la antigüedad, los hombres temían a los monstruos o los veneraban. En el imaginario medieval, la deformidad corporal se convirtió en uno de los signos principales del pecado, testigo de la omnipotencia divina y

mensajero de la desgracia sobre la tierra. Una auténtica epidemia de monstruosidades se extendió por Europa hacia finales del siglo XV y principios del XVI, propagada por los desarrollos tecnológicos de la imprenta y estimulada por un despertar de la mirada curiosa. Los monstruos constituían uno de los temas favoritos de la literatura de cordel, que testimonia la curiosidad que existía hacia éstos, la difusión universal del asombro que provocaban y la diversidad de formas de comercio que ocasionaban. La desacralización del cuerpo monstruoso tuvo lugar, sobre todo, a partir de la segunda mitad del siglo XVII y a lo largo del XVIII: la observación y el registro cada vez más preciso de la anatomía y la fisiología de los monstruos se van desarrollando y se instala un «amaestramiento de la curiosidad».

EL CUERPO DEL REY

«Que el cuerpo del rey sea, en una monarquía, objeto de descripciones halagadoras no tiene nada de sorprendente. La superioridad impone tradicionalmente una vertiente física», afirma Georges Vigarello en el comienzo de este capítulo del libro. La representación del poder, la de su funcionamiento, la del lugar del rey en el dispositivo del Estado, sigue siendo durante mucho tiempo corporal: es la cabeza de un cuerpo. A principios del siglo XV se impuso el paralelismo entre el «cuerpo místico de Cristo» y el «cuerpo místico del reino», la comparación entre la «comunidad espiritual de los fieles» y la «comunidad política de los súbditos», al calor de la teoría de los dos cuerpos del rey (uno simplemente mortal y otro trascendente e inmortal). El cuerpo inmaterial que se superpone al cuerpo natural del rey es un cuerpo eterno, el que debe habitar sin discontinuidad real la interminable serie de sus sucesores. La estabilidad del reino, como su existencia, tiene ese precio: su enraizamiento perpetuo en el cuerpo eminentemente presente e inmaterial del rey. La autoridad real existe por encima de la persona de cada rey. La expresión de esos dos cuerpos cambia sustancialmente en el siglo XVII con el triunfo de la monarquía absoluta. Soberano absoluto, el monarca del siglo XVII recurre a estrategias de imagen que multiplican las puestas en escena físicas del poder del Estado. Desde finales del siglo XVII el cuerpo del rey empieza a dejar de ser la única referencia al cuerpo simbólico del Estado. El siglo XVIII, con la multiplicación de los actores y las instituciones, el crecimiento de la autonomía y la revolución cultural e intelectual, será el siglo de la crisis de las representaciones del poder real.

EL CUERPO Y EL ARTE

En el último de los capítulos que componen este primer volumen, el historiador Daniel Arasse, plantea la Historia del cuerpo de los siglos XVI al XVIII a través de las imágenes que la Historia del Arte nos ha transmitido durante ese mismo periodo. Del apogeo del Renacimiento en Italia a la llegada del neoclasicismo europeo, estos tres siglos marcan lo que puede llamarse la época clásica de la representación. Desde el siglo XIV pintores y escultores prestaron una atención renovada a la representación del cuerpo humano, tanto en su detalle anatómico como en sus capacidades expresivas. «El cuerpo humano no es solamente la figura central de la representación clásica, es también su misma base», tal y como declaró Leon Battista Alberti en *De pictura* (1435), uno de los textos fundacionales de la misma. La valorización del cuerpo era indisociable de la exaltación de su belleza física, que adoptaba múltiples formas, dos de las cuales son destacadas por Arasse: la primera se refiere a las proporciones y la segunda al reconocimiento y explotación de los efectos de afecto que la representación de esa belleza ejerce sobre su espectador a través de la «erotización de la mirada» por medio de la difusión de las imágenes artísticas. A su vez, la glorificación del cuerpo es históricamente indisociable de dos prácticas sociales que construyeron una nueva representación del cuerpo individual: la ciencia anatómica trastornó la definición física del organismo humano y la institución de reglas de comportamiento o «urbanidad» fijó, a través del control del comportamiento, una nueva representación del cuerpo socializado. Desde principios del siglo XVI hasta los últimos decenios del XVIII estas dos prácticas (anatomía y urbanidad) construyeron simultáneamente una conciencia moderna del cuerpo en su estructura física y en su sociabilidad.

VOL. II: DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA A LA GRAN GUERRA

LA MIRADA DE LOS MÉDICOS

A partir de 1750 la observación se convierte en medicina en la operación esencial: el cuerpo pasa a ser su objeto principal y el entorno del enfermo se convierte igualmente en territorio prioritario de observación. Tras el proceso más visible y más conocido, que consiste en fragmentar el cuerpo para describirlo y curarlo mejor, los médicos no olvidan que este cuerpo es también el de una persona, que está integrado en un entorno físico y humano. La medicina se convierte en la principal guía de lectura del cuerpo y de la enfermedad. En este capítulo, el historiador Olivier Faure, además

de analizar esa «guía de lectura» elaborada a partir del discurso médico, expone las concepciones científicas del cuerpo imperantes en el siglo XIX alrededor de las dos operaciones centrales de la medicina contemporánea: la clínica y la fisiología.

Recoger información de los pacientes, examinarlos con atención (clínica), establecer un vínculo entre sus síntomas y las lesiones orgánicas (anatomía clínica), estudiar los diferentes elementos del cuerpo humano (órganos, tejidos, células) en la salud o en la enfermedad (anatomía y anatomía patológica): estas actividades forman parte de la medicina actual y constituyen sus disciplinas principales, pero no se imponen hasta el siglo que abarca de 1750 a 1850. Movimiento científico y organización institucional se unieron para conferir a la observación un lugar predominante en la medicina y abrir un movimiento sin fin en el que el cuerpo se exploraba (se desarrollaron nuevos aparatos destinados a la exploración como los rayos X, el uretroscopio, el oftalmoscopio, el estetoscopio, la percusión o el termómetro) y después se analizaba cada vez con mayor precisión y profundidad. La ambición de comprender los mecanismos de la enfermedad y el funcionamiento del cuerpo llevó a algunos médicos a abandonar los hospitales por el laboratorio, cambiando el examen de los enfermos por el estudio de los órganos, los tejidos y las funciones del organismo. El desarrollo extraordinario de la fisiología experimental, muy ligada a la corriente filosófica del positivismo, contribuyó a la deshumanización de la medicina, interesándose más por los procesos y las leyes químicas y físicas que gobiernan el cuerpo humano que por el enfermo en su totalidad y en su experiencia vital.

LA RELIGIÓN, EL ARTE Y EL CUERPO EN EL SIGLO XIX

«El siglo XIX debe percibirse como el momento de desencanto del mundo», afirma Alain Corbin en este volumen. Pero olvidar el peso del catolicismo sobre las representaciones y los usos del cuerpo sería condenarse a la incomprensión de la cultura somática de este siglo, que también fue el de la marifanía o aparición de la Virgen. La espiritualidad de la primera mitad del siglo XIX insistió con una violencia inaudita en el cuerpo doloroso de Cristo redentor, cuyos sufrimientos se describieron con el mayor realismo (la práctica del Vía Crucis, por ejemplo, se extiende ahora) y alimentaron una literatura piadosa y centrada en el dolor. Sin embargo, el «dolorismo» se fue difuminando y en la segunda mitad del siglo el dogma de la Inmaculada Concepción y la marifonía sugirieron una piedad más seráfica.

El cuerpo adquirió una expresividad nueva a partir del final del siglo XVIII y los artistas del XIX se cuestionaron la concepción tradicional del

mismo. Nunca se cultivó tanto el desnudo (especialmente el femenino) como en el siglo XIX, que fue por excelencia el siglo de la «pudibundez», en expresión de Henri Zerner. La teoría clásica insistía en la distancia entre la representación y el referente, pero ese ideal se enfrentó a lo largo del siglo XIX con la voluntad de disminuir esa distancia, acercando la imagen a la realidad, el arte a la naturaleza. En eso consistió precisamente el ideal romántico: en borrar los límites entre el arte y la vida. Esto influyó en el importante papel que desempeñó en la práctica artística y en el imaginario de la época la figura del modelo.

Junto a la línea romántica de David, Blake o Ingres, otras corrientes artísticas protagonizaron el siglo XIX: el realismo, algunas de cuyas máximas figuras fueron Géricault, Coubert o Degas, que consiguieron llevar la alteridad de lo cotidiano hasta sus límites; los prerrafaelitas, quienes trataron de descubrir la realidad del mundo dando de él una descripción «ingenua», sin convenciones; y el simbolismo, representado por Mallarmé, Redon o Gauguin, movimiento que defiende que la presencia material de las cosas y los seres sólo es una apariencia. La invención y el rápido desarrollo de la fotografía a partir de 1839 modificaron de forma inmediata y profunda los hábitos artísticos y visuales. La fotografía y su expresión concreta fueron objeto de una confianza tan incondicional (por su fidelidad a la realidad), que la pintura llegó a verse afectada. En el plano artístico es interesante también detenerse en el fenómeno de la caricatura, estudiada en este volumen por Ségolène Le Men, que contribuyó a la construcción de una lectura social y política de las imágenes del cuerpo. El nuevo lenguaje corporal, basado en la observación de la ropa y la fisonomía, se refleja en la serie de tipos inventados que se asemejan a retratos individuales y que se ejemplifica en la creación de personajes como *Mayeux* (inventado por Traviès), *Monsieur Prudhomme* (creado por Monnier) o *Robert Macaire* (fruto del dibujo de Daumier). Los tres proceden de la unión entre el teatro, la sociedad y el dibujo, destinados a un nuevo público (los lectores de periódicos) y son representaciones de la burguesía decimonónica en todas sus facetas.

EL PLACER Y EL DOLOR

Alain Corbin sostiene que no puede existir una Historia del cuerpo sin prestar atención al placer y al dolor. El cuerpo contemplado, deseado, acariciado, penetrado, colmado, constituye un conjunto de objetos históricos obsesivos en un siglo en el que asistimos a la gestación de la noción de sexualidad y que a su vez constituye la época de la represión de las pulsiones o impulsos. La obsesión por la masturbación y su denuncia, la expansión de la prostitución, el cuestionamiento de los tópicos acerca del

sexo femenino, el papel central del goce en el pensamiento sobre la sexualidad, los peligros que entrañaba el exceso de excitación, la escenificación textual de la obscenidad en la literatura erótica, la circulación clandestina de la pornografía, el terror hacia las enfermedades venéreas y el análisis psicológico del que son objeto la homosexualidad y el lesbianismo, producen una «nueva economía del deseo» y una moral sexual conforme al justo término medio, regida por la intención reproductora y la moderación.

Las formas de designar el dolor, al igual que las del placer, su lenguaje, sus funciones, el sentido que se le otorga, etcétera, cuentan con una historia propia. El dolor constituye una conmoción del sistema sensitivo, pero es también construcción social y psicocultural formalizada desde la más tierna edad. La Iglesia, la medicina, el trabajo, la comunidad en la que el individuo está inmerso proponen e imponen significados del dolor y prescriben comportamientos en relación con éste. Se desmorona el valor redentor del dolor y se deja de percibir como algo saludable, inscrito en el orden de la naturaleza y, por tanto, necesario e inevitable, para pasar a entenderlo como inútil para la curación y luchar activamente contra él. Se ponen en práctica los avances de la analgesia, la antialgia y se desarrolla lo que se ha denominado «revolución anestésica», imponiéndose un nuevo régimen de sensibilidad.

El siglo XIX es un siglo sanguinario (en el caso de Francia, por ejemplo, es el siglo de las guerras civiles). Se caracteriza, en lo que respecta a la violencia, por la desaparición de la «masacre», entendida como muerte brutal, colectiva, causada en pleno día y en espacios públicos. Son muchos los datos que concurren para hacer comprensible esta atenuación de las viejas modalidades colectivas de ejecución: la presencia de las fuerzas del orden, la evolución de las técnicas de enfrentamiento (combates a distancia en vez de cuerpo a cuerpo), el papel protagonista de la barricada en las guerras urbanas (que ubica claramente el enfrentamiento) o la aparición de prácticas como el atentado y de nuevos procedimientos de ejecución como el fusilamiento. La Historia de la violencia se somete a la eficacia del horror.

Por otro lado, durante el último tercio del siglo XVIII se comienza a criticar el tratamiento penal dado al cuerpo: en algunos lugares se trata de derogar la tortura, muchos se pronuncian a favor de la supresión de la pena de muerte, las ejecuciones se vuelven menos frecuentes, se produce una «moderación penal». Sin embargo, la pena capital sigue siendo la piedra angular del sistema penal en Europa y el cuerpo torturado y estigmatizado el centro del régimen penal monopolizado por el Estado. El 25 de abril de 1792 se inauguró la guillotina, empleada durante todo el siglo XIX y hasta 1981. La guillotina modificó radicalmente el suplicio y el tratamiento penal de los cuerpos. Marcó el grado cero del sufrimiento del cuerpo. Nuevas

«penas oscuras» marcaron entonces el cuerpo: el frío, el aislamiento, la falta de higiene, los trabajos forzados, la comida infectada, la angustia de la promiscuidad, la férrea disciplina y la gran mortalidad caracterizaron las prisiones del siglo XIX.

Por otro lado, Alain Corbin, en su análisis del dolor, no olvida referirse al cuerpo deteriorado y herido por el trabajo en el que fue el siglo de la industrialización, que provocó nuevas formas de deterioro del cuerpo y la violencia provocadas por la brutalidad de las máquinas de vapor. Aunque, está claro, el deterioro físico no constituía la única forma de sufrimiento del trabajador. La calidad del agua, del aire, de la calefacción y la mala iluminación de fábricas y talleres, así como el tipo de material trabajado en cada caso, unido a la baja calidad de vida de la clase obrera (vivienda, alimentación, carencia de cuidados, cansancio, costumbres) entrañaban otros riesgos y daños. La voz del obrero sobre la falta de «higiene industrial» y los accidentes laborales no emergió realmente hasta la década de 1890 y lo hizo de forma colectiva, codificada y poco vehemente, a través de los sindicatos.

EL CUERPO CORREGIDO, CULTIVADO, EJERCITADO

Como destaca en este volumen Henri-Jacques Stiker, la Historia del cuerpo incluye también la historia de los «cuerpos inválidos». A finales del siglo XVIII se produce una ruptura histórica: los inválidos (sordos, mudos, ciegos, retrasados mentales, impedidos físicos, etcétera) empezaron a ser vistos como algo más que desechos, a salir de una visibilidad caracterizada por la fealdad, lo espantoso, lo monstruoso. Comenzaron a ser educados y rehabilitados. El cuerpo inválido entró así a formar parte de la historia del «cuerpo corregido». Se crearon instituciones de educación especial, aunque en su mayoría los pobres no pudieron acceder a ellas. Progresivamente desapareció la noción de «cuerpo monstruoso», lo que dejó lugar a otras visiones: nació el «cuerpo degenerado». El concepto de la degeneración, ligado al desarrollo de la medicina alienista, pretendía aplicarse sobre todo a las enfermedades mentales como categoría psiquiátrica genérica y sirvió a muchos para explicar la criminalidad. Asimismo, en el siglo XIX tuvo lugar la «socialización del cuerpo discapacitado», relacionado especialmente con el «cuerpo accidentado» por los efectos destructores de la industrialización. El cuerpo inválido, a través del accidentado laboral, cambió de perspectiva: ya no era resultado del destino, de una catástrofe natural, de una culpa o de una desviación de la vida, sino que se convirtió en cuerpo maltratado por los mecanismos sociales. En fin, el cuerpo inválido se alejó de los márgenes de la miseria, del abandono o la explotación para ser acogido en los de la dignidad, la readaptación y la participación social.

Junto a la invalidez, la higiene es otro de los elementos analizados en este volumen. Como señala Georges Vigarello, el agua se consideraba un medio extraño y complejo, que podía ser susceptible de perjudicar al organismo, porque lo perturbaba, impresionaba o debilitaba en función de la temperatura a la que se tomara. El baño se relacionaba con la medicina más que con la higiene corporal y, de hecho, en las viviendas de principios del siglo XIX todavía eran raros los espacios dedicados al baño, considerado además peligroso por cuanto permitía el aislamiento y los malos pensamientos. Seguía siendo costumbre lavarse de manera esporádica y parcial. El aumento de las exigencias sanitarias a mediados de siglo y el descubrimiento de que la «piel respira», parejos al nacimiento de una nueva sensibilidad, transformaron la visión que se tenía del agua hasta entonces. La gente empezaba a bañarse y a instalar baños en sus casas (privilegio reservado a unos pocos, por supuesto). El lavado del cuerpo podría y debería llevarse a cabo de forma cotidiana. Esta nueva exigencia higiénica modificó la ciudad decimonónica: la llegada de los canales, la instalación de cañerías, el alcantarillado, etcétera. El baño, espacio rigurosamente privado en el que cada cual entraba solo, condujo, en este sentido, a la construcción del individuo.

El siglo XIX es también el siglo del ejercicio, que por vez primera se convierte en algo reglamentado cuyos resultados se calculan y estudian. Aunque no desaparecieron los juegos tradicionales, que siguieron siendo durante mucho tiempo protagonistas de las prácticas físicas, el ejercicio se fue revolucionando. Esta revolución se dejó notar en ciertos aspectos. Por ejemplo, en las limitaciones de las manifestaciones de la violencia física (los golpes se someten a una disciplina, el aprendizaje se reglamenta y las técnicas de lucha se enseñan); en el ejercicio como mecanismo de división del tiempo (ocio-trabajo); en el cambio que supone la importancia concedida al resultado, es decir, al efecto del ejercicio sobre el aspecto externo del cuerpo (el ejercicio como modulador de las formas junto a la dietética); o en el interés por la medición (la fuerza física tenía que poder calcularse y sus progresos compararse), y el cálculo, derivado del análisis del movimiento, de la velocidad y tiempo. Aunque la gimnasia, su disciplina y su capacidad para disciplinar el cuerpo dominaron el siglo, máxime si tenemos en cuenta su introducción como disciplina escolar, no implicaba competición ni enfrentamiento reglamentado. El deporte del siglo XIX acaba por imponerse, ligado a la figura de los *amateurs* y al triunfo del adagio *Mens sana in corpore sano*. El deporte adquirió ahora nuevos significados, ligados a objetivos morales, sociales e ideológicos. Las primeras asociaciones deportivas y los primeros clubes se crearon en Londres, que era entonces la ciudad más poblada del mundo. El deporte debía combinar honor y esfuerzo y promovía el principio mismo de la competición enfatizando los valores morales y sociales de la participación.

Se practicaban, sobre todo, los deportes de equipo (el cricket, el fútbol y el rugby eran los más comunes). El deporte, como todo, nos permite también observar las diferencias de clase (era cosa de élites, como bien lo demostraba su vestimenta), así como de género: se marginaba a las mujeres, enfatizaba la diferencia entre los sexos y se consideraba que los ejercicios que exigían fuerza implicaban riesgos para las féminas. No obstante, algunos cambios fueron permitiendo la entrada de la mujer en el mundo del deporte a finales del XIX. El deporte no encarnaba sólo la renovación de las representaciones del cuerpo, sino una renovación más amplia de la cultura, una visión más tecnificada del espacio y más calculada del tiempo, una mirada (aunque progresiva y lenta) más democrática de los intercambios y de la sociabilidad.